

El progreso del Peregrino (XXXI)

Continuación

pensamos que todas nuestras justicias hieden ante Él, y, por tanto, no puede sufrir que estemos en su presencia con confianza alguna en nuestras obras, aun las mejores.

IGNORANCIA - ¿Te parece que soy tan necio que crea que Dios no ve más que lo que yo veo, o que me atrevería a presentarme a Dios aun con la mejor de mis obras?

CRISTIANO - Pues entonces, ¿cómo piensas en este asunto?

IGNORANCIA - Pues, para decirlo en pocas palabras, creo que es necesario tener fe en Cristo para ser justificado.

CRISTIANO - ¿Cómo piensas que puedes tener fe en Cristo, cuando no ves tu necesidad de Él, ni conoces tus debilidades, ni originales ni actuales; antes bien, tienes de ti mismo y de lo que haces una opinión tal, que prueba muy claramente que nunca has visto la necesidad de la justicia personal de Cristo para justificarte delante de Dios? ¿Cómo, siendo esto así, puedes decir: Yo creo en Cristo?

IGNORANCIA - Creo bastante bien, a pesar de todo eso.

CRISTIANO - ¿Y cómo crees?

IGNORANCIA - Creo que Cristo murió por los pecadores, y que seré justificado delante de Dios y libre de la maldición, mediante que El acepta graciosamente mi obediencia a su ley; o, para decirlo de otra manera: Cristo hace que mis deberes religiosos sean aceptables a su Padre, en virtud de sus méritos, y de este modo, yo soy justificado.

CRISTIANO - Permíteme que conteste a esta tu confesión de fe:

1º Crees con una fe fantástica, porque tal fe no la encuentro así escrita en ninguna parte de la Palabra.

2º Crees con una fe falsa, porque quita la justificación de la justicia personal de Cristo y la aplica a la tuya propia.

3º Esa fe hace que Cristo sea el que justifica, no tu persona, sino tus acciones, y luego tu persona por causa de tus acciones, y esto es falso.

4º Por tanto, esta fe es engañosa, y tal que te dejará bajo la ira en el día del Dios Altísimo, porque la verdadera fe justificante hace que el alma, convencida de su condición por la ley, acuda por refugio a la justicia de Cristo (cuya justicia no es un acto de gracia, en el cual; que tu obediencia sea aceptada por parte de Dios y la justificación, sino su obediencia personal a la ley en hacer y sufrir por nosotros lo que aquélla exigió de nosotros). Esta justificación, digo, la verdadera fe la acepta, y bajo su manto el alma está abrigada, y por ello se presenta sin mancha delante de Dios, y es aceptada y absuelta de la condenación.

IGNORANCIA - Pero qué, ¿quieres que nos confiemos en lo que Cristo ha hecho en su propia persona sin nuestra participación? Esta fantasía daría rienda suelta a nuestras concupiscencias, y nos permitiría vivir según nuestro propio antojo; porque, ¿qué nos importaría el cómo viviésemos, si podemos ser justificados de todo por la justicia personal de Cristo con sólo tener fe en ella?

CRISTIANO - Ignorancia te llamas, y es mucha verdad; eso eres, y esa tu última contestación lo pone en evidencia, ignorante estás de lo que es la justicia que justifica, y también ignorante de cómo has de asegurar tu alma por fe de la terrible ira de Dios. También ignoras los verdaderos efectos de esta fe salvadora en la justicia de Cristo, que son: inclinar y ganar el corazón a Dios en Cristo, que ame su nombre, su palabra, sus caminos y su pueblo, y no como tú, en tu ignorancia, te lo imaginas.

ESPERANZA - Pregúntale si alguna vez se le ha revelado Cristo desde el cielo.

IGNORANCIA - ¿Cómo? ¿Eres tú de los que creen en revelaciones? Vaya, creo que lo que tú y comparsa decís sobre materia no es más que el fruto de un cerebro desordenado.



El Río de la Muerte

1. Ahora, vi que entre ellos y la puerta había un río. Pero no había puente para pasarlo y el río era muy hondo. No había manera de escaparse del río.



2. Los hombres les dijeron: "Hallarán el río de mayor o menor profundidad, según crean en el Rey del país." Con ésto los peregrinos entraron al agua. Cristiano empezó a hundirse y pidió ayuda. Esperanza le dijo: "¡Animo, hermano mío! Mis pies encuentran el fondo y es firme."



3. Entonces una gran oscuridad y horror cayeron sobre Cristiano, de tal modo que no podía ver. Tenia miedo de que moriría en aquel río y no entraría nunca por la puerta.



4. Le molestaban apariciones de espíritus malignos. Esperanza se vio muy apurado en mantener a flote a su hermano; con todo, a veces se hundía.



5. Y luego salía medio muerto. Esperanza trató de animarlo: "Hermano, veo la puerta y personas que nos esperan." Pero Cristiano contestó: "¡A ti te esperan, a ti te esperan!"



6. "Hermano mío," dijo Esperanza, "estas aflicciones no prueban que Dios te haya desamparado sino que son enviadas para probarte. ¡Ten buen ánimo! Jesucristo te hace sano." Con esto Cristiano exclamó: "Oh!, otra vez lo veo!" Entonces los dos se animaron y pronto encontraron terreno donde afirmar sus pies. El resto del río era llano y pronto llegaron al otro lado.

ESPERANZA - Pero hombre, Cristo está tan escondido en Dios de la comprensión natural de la carne, que nadie puede conocerle de una manera salvadora, si Dios, el Padre, no se lo revela.

IGNORANCIA - Esa será tu creencia, pero no la mía, y, sin embargo, no dudo de que la mía sea tan buena como la tuya, aunque mi cabeza no esté como la de ustedes.

CRISTIANO - Permitidme que tercie aquí con una palabra: no se debe hablar tan ligeramente de este asunto, porque yo afirmo rotunda y resueltamente lo mismo que mi buen compañero: que ningún hombre puede conocer a Jesucristo sino por la revelación del Padre. Más aún: Que la fe, por la cual el alma se hace de Cristo para ser una fe recta, ha de ser operada por la supereminente grandeza de su poder (Mt 11:27; 1 Cor 12:3; Ef 1:17-19). De esta operación de la fe percibo que nada sabes, pobrecito Ignorancia. Despiértate, pues, reconoce tu propia miseria y acude al Señor Jesús, y por su justicia, que es la justicia de Dios (porque él mismo es Dios), serás librado de la condenación.

IGNORANCIA - Andáis muy de prisa; no puedo andar a vuestro paso; idos delante; tengo que detenerme todavía.

Y se despidió de ellos. Entonces dijo Cristiano a su compañero:

CRISTIANO - Vamos, pues, buen Esperanza; está visto que tú y yo hemos de andar otra vez solitos.

Dieron, pues, a caminar a buen paso, mientras Ignorancia los seguía cojeando; y mientras caminaban les oí el siguiente diálogo:

CRISTIANO - Mucha lástima me da este pobre. Creo que al fin lo va a pasar muy mal.

ESPERANZA - Desgraciadamente, hay muchísimos en nuestra ciudad que están en la misma condición, familias enteras y aun calles enteras, y eso que son también peregrinos, y si hay tantos entre nosotros, calcula cuántos habrá en el lugar donde él nació.

CRISTIANO - Sí, dice la verdad la Palabra: "Les ha cerrado los ojos para que no vean..."

Pero ahora que estamos otra vez solitos, dime: ¿qué te parece de tales hombres? ¿Crees tú que alguna que otra vez tengan convicción de pecado y, por consiguiente, temores de que están en estado peligroso?

ESPERANZA - Esa pregunta nadie mejor que tú mismo puede contestarla, pues eres mayor que yo.

CRISTIANO - Mi respuesta es que, a mi parecer, es posible: las tengan alguna que otra vez; pero siendo por naturaleza ignorantes, no comprenden que esta convicción tiende a su provecho, y buscan de todos modos ahogarla, siguen presuntuosamente adulándose a sí mismos en el camino de sus propios corazones.

ESPERANZA - En efecto, también yo creo como tú que el miedo sirve mucho para bien de los hombres y para hacerles ir derechos al principio de su peregrinación.

CRISTIANO - De eso no podemos dudar que es bueno, por eso así lo dice la Palabra: "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría" (Job 28:28; Sal 111:10; Pr 9:10).

ESPERANZA - ¿Cómo podrías tú describir el miedo que es bueno?

CRISTIANO - El miedo bueno se describe por tres cosas:

1º Por su origen, es causado por las convicciones salvadoras de pecado. 2º Impele al alma a asirse de Cristo para salvación. 3º Engendra y conserva en el alma una gran reverencia a Dios y a su Palabra y a sus caminos, manteniéndola tierna y haciéndola temerosa de volverse de ellos a diestra y siniestra, o hacer cosa alguna que pudiera deshonorar a Dios, alterar su paz, contristar al Espíritu Santo, ser causa de que el enemigo hiciese algún reproche.

ESPERANZA - Estoy conforme; creo que has dicho la verdad. ¿No hemos salido todavía del terreno encantado?

CRISTIANO - Pues qué, ¿te cansa esta conversación?

ESPERANZA - No por cierto; pero quisiera saber dónde estamos.

CRISTIANO - Aún nos falta como una legua que andar para salir de él; pero volvamos a

Continuará